

El beso del vampiro

Raven Hart



Traducción de Almudena Romay Cousido



PANDORA

Libros publicados de Raven Hart

## LOS VAMPIROS DEL NUEVO MUNDO

1. La seducción del vampiro
2. El secreto del vampiro
3. El beso del vampiro

Próximamente:

4. *The Vampire's Betrayal*

Título original: *The Vampire's Kiss*

Primera edición

© Raven Hart, 2007

Ilustración de portada: © Franco Accornero, via Agentur Schlück GmbH

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».

28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-653-7 Depósito Legal: B-10-2011

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 3

A mis lectores.  
¡Gracias a todos!

Gracias a Chris Schluiep, a Claudia Cross, a todo el mundo de *Georgia Romance Writers*, a Jennifer LaBrecque, a Berta Platas, a Rita Herron, a Kelley St. John, a Rhonda Nelson, a Elena Pedri, a Donna Sterling, a Sandra Chastain, a Julie Linker, a Caridad Pineiro, a L. A. Banks, a Michele Moore y a Richard Tuft. También les doy las gracias a mis otros colegas escritores: Mike Roberts, Melissa Carver, Joanne Bullington, Clarence Jones, Dorothy Northrip, Mark Jackson, Ginger Carter, Carrie, Frank, Leslie, Tricia, Sonya y a mi hermano Mike. Gracias a Madee James por la fantástica página web, y al corrector del lápiz rosa que hizo un magnífico trabajo con el manuscrito.

Como siempre, gracias a mamá y a papá y a mi tierra natal.

Si me dejo a alguien, pido disculpas.



## Carta de William, un vampiro

Me llamo William Cuyler Thorne, y hace unos quinientos años que soy vampiro. Durante casi todo ese tiempo, he tenido lo que hoy en día llamaríais una conducta suicida.

Os preguntaráis por qué anhelo la muerte. ¿Por qué iba a querer poner fin a su propia existencia una criatura inmortal, eternamente joven y fuerte, que dispone de una inmensa fortuna y de un número interminable de mujeres hermosas con las que satisfacer sus deseos carnales?

La fascinación que tengo con mi propia extinción nació el mismo día que me crearon. La noche en la que me convertí en un bebedor de sangre, fui testigo del salvaje asesinato de mi esposa y de mi hijo, a quienes quería más que a la vida misma. La angustia de ese recuerdo lleva medio milenio quemándome como un rescoldo. Deseé que la muerte extinguiera esa agonía, aunque ello significara la condenación eterna, ya que con mi conversión se habían llevado mi alma.

Sinceramente, no sé cómo he conseguido reprimir el deseo de provocar mi expiración. Supongo que el sucedáneo de familia que he logrado formar a lo largo de los siglos me ha ayudado más de lo que creía. Mis hijas pertenecen a un linaje real de mujeres fuertes y hermosas —descendientes de Lalee, la más grande sacerdotisa vudú que haya honrado las costas del Nuevo Mundo. Mi vástago inmortal es Jack McShane, a quien convertí en vampiro cuando lo encontré moribundo en un campo de batalla durante la guerra de Secesión. Mi estirpe la completan mis dos fieles criados, unos gemelos mitad cánidos, mitad humanos que son mis guardaespaldas.

Y Eleanor. Mi hermosa y seductora madame de pelo azabache, a quien transformé en bebedora de sangre para que me hiciera compañía el resto de mis noches sobre la tierra. Su devoción, y no digamos el feroz apetito sexual que sentía hacia mí, aliviaban el dolor que me producían mis infernales recuerdos, y hacían que deseara vivir para estar con ella.

Fue entonces cuando ocurrió lo imposible. Mi esposa mortal, Diana, mi diosa, volvió a mí convertida en vampira. Aquella a quien durante

los últimos quinientos años había creído muerta y enterrada apareció junto con el hijo que me había dado.

La ira atemperó mi dicha cuando vi que venía acompañada de un hombre, un poderoso bebedor de sangre cuya vida y cama Diana había compartido durante siglos. Mi hijo, ahora un vampiro, creado por el mismo monstruo demoníaco que me había arrebatado a mi esposa, ni siquiera sabía de mi existencia —y todavía, a día de hoy, no sabe que soy su padre mortal—. Y fue entonces cuando mi ira se transformó en furia.

Una horrible y purulenta enfermedad, plaga entre los no muertos, se apoderó de mi hijo en Savannah. El único tratamiento resultó ser la sangre vudú que corría por mis venas. Beber de mi sangre lo fortaleció, pero solo se podría curar con un tipo más puro de sangre vudú: la de las descendientes de maman Lalee. La de las hijas de mi corazón.

Hugo y los otros se llevaron a la más pequeña y vulnerable de todas ellas, a mi preciosa Renee, por su sangre. Y con ella se fue la cordura de su madre, Melaphia, mi tesoro, que acabó con el corazón roto y enloquecida.

Le di a Melaphia mi más solemne promesa de que movería infierno y tierra para traer de vuelta a su hija. La dejé a ella y a mi amada ciudad, Savannah, al cuidado de mi leal descendiente, Jack, quien, a pesar de su pasado como humano, era una criatura verdaderamente temible.

Aunque no llegaba a ser tan aterrador como yo, un vampiro traicionado de la forma más cruel posible, afligido por las dos mujeres que más había amado en vida y en muerte. Eleanor llevó a Diana a donde estaba Renee, y juntas la secuestraron.

La ira crece dentro de mí, con tanta fuerza como la marea. Mientras persigo a estas mujeres, puedo oler la sangre de aquellas que me han robado de la misma forma que el lobo huele a la liebre. Cuando las encuentre, desearán no haber vivido como humanas y mucho menos como vampiras.

Como diría mi querido Jack, la venganza tiene muy mala sangre. Temed al vampiro traicionado, porque su beso es mortal.

## Carta de Jack, un vampiro

¿Habéis escuchado alguna vez una de esas canciones de country que hablan de un cabrón que no tiene donde caerse muerto, cuya mujer se ha fugado con su mejor amigo llevándose consigo su caravana? Sí, ese que acaba de perder su trabajo y al que se le murió el perro, a quien no le queda dinero ni alcohol, y al que se le estropeó la televisión justo antes de que comenzaran las quinientas millas de Daytona...

Pues me siento igual que ese tipo. Solo que peor.

Las cosas me iban bastante bien hasta hace unos meses. Sí, tenía casi todo lo que un vampiro podía desear: mi propio taller mecánico, unos cuantos humanos leales y amigos no muy humanos, un lugar acogedor en el que dejar mi ataúd, y un romance en ciernes con una hermosa policía latina. Y por último, pero no por ello menos importante, tenía a mi sire, William Thorne, el vampiro más duro del continente, cuidándome las espaldas.

William y yo no siempre nos hemos llevado bien, debo admitirlo.

Durante los ciento cincuenta años que pasaron desde que me creó, no dejó de darme órdenes, y daba la impresión de que nos estábamos peleando casi todo el tiempo. Pero siempre nos necesitábamos el uno al otro. Normalmente, nos dedicábamos a mantener a los no muertos y a los demás habitantes no humanos de la ciudad a raya y alejados del radar de la policía y de la gente normal. Pero la tensión entre nosotros seguía ahí.

Aunque, últimamente, habíamos llegado a lo que se puede llamar un entendimiento, y había comenzado a tratarme casi como a un igual.

Fue por aquel entonces cuando estalló el caos.

Veamos: el propio sire de William, un elemento de cuidado llamado Reedrek, llegó a la ciudad para ajustar cuentas con su descendencia. Primero, mató a uno de los mejores amigos de William, y, después, a uno de los míos.

Eso me tocó las narices. William y yo nos ocupamos de él, y lo encerramos en la piedra angular del ala de un hospital que estaba en obras. Justo cuando empezábamos a relajarnos, se echó más leña al

fuego. La esposa de William y su hijo, a quienes había perdido hacía tanto tiempo, aparecieron con un malvado vampiro llamado Hugo.

Esto se convirtió en un culebrón para chupasangres: la pelea de gatas entre la esposa y la novia de William, el enfrentamiento de este con Hugo, y mi lucha con Junior, un gamberro con un humor de perros que iba a juego con sus colmillos.

Por si eso fuera poco, una purulenta plaga se propagó entre los vampiros; accidentalmente, resucité de entre los muertos a mi amigo, al que habían asesinado, convertido en zombi; y la policía de manual con la que estaba saliendo, Connie, se enteró de que era un demonio chupasangres.

Vaya semanita.

Y fue entonces cuando ocurrió lo peor que podía pasar. Los vampiros nuevos abandonaron a toda prisa la ciudad, por lo que nos quedamos en la estacada, si me perdonáis la expresión, ya que se llevaron con ellos a nuestra pequeña de nueve años, Renee. Digo «nuestra» Renee porque William y yo habíamos ayudado a criarla como anteriormente hicimos con su madre, con la madre de su madre, y así sucesivamente. Cuando se llevaron a Renee, un pedazo de mi corazón se fue con ella. Y lo que quedaba de él se rompió cuando miré a su madre, mi hermosa Melaphia, a los ojos, y me di cuenta de que la desaparición de su hija la había llevado a la locura. Ahora parece una criatura salvaje afligida y desconsolada.

William se había marchado él solo para traer de vuelta a la niña o morir en el intento, dejándome a mí para que cuidara de Melaphia y para evitar que los moradores de la noche de Savannah convirtieran la ciudad en una especie de fiesta para demonios.

¿Cuánto tiempo pensáis que le llevará a un chupasangres advenedizo o a un cambiaformas oportunista, o a tres, intentar enfrentarse a mí, una vez que se filtre la noticia de que William está fuera de la ciudad indefinidamente? Me imagino que, a partir de ahora, podrían aparecer en cualquier momento.

Pero qué demonios. Puede que William sea el tipo más duro del continente, pero el bueno de Jack el Sonrisas no se queda atrás. Además, un poco de marcha haría que me olvidara de mis problemas.

Lo único que tengo que decir es... ¡que empiece la fiesta!



## William

Me quedé mirando cómo la mansión que acababa de incendiar era pasto de las llamas al otro lado del paisaje helado; vi que las llamas la consumían poco a poco, de la misma forma que yo había consumido a sus habitantes. Nunca he sido muy amigo de comer carne, ya que, siendo un hombre refinado, prefiero beber sangre. Pero alguna que otra vez puedo hacer una excepción.

Mi vástago Jack es conocido por cazar un ciervo de vez en cuando: lucha con él cogiéndolo por los cuernos y le da un mordisco mortal en la yugular antes de darse un festín con su carne. Solo en temporada, por supuesto. Creo que tiene tanto que ver con su concepto de macho sureño como con su ansia por comer la carne de un ser vivo. Aun así, durante décadas ha conseguido mantener a raya el deseo con el que los vampiros han nacido: comer carne humana.

Al fin y al cabo, mi Jack es un bebedor de sangre civilizado que sabe cómo controlar sus necesidades más básicas. Al igual que yo, en gran parte. Pero anoche me comporté de manera diferente. Anoche era especial. Hacía siglos que no me permitía un salvajismo así. Uno a uno fui desgarrándoles las gargantas a los vampiros dentro de la mansión que ahora ardía, y degustando la sangre y la carne de todos ellos, de uno en uno. Y disfruté.

Con los colmillos clavados en sus cuellos, intenté que cada uno de ellos me dijera dónde estaba su líder. Oí el nombre de varias ciudades, pero pude oler la mentira en sus labios, así que les arranqué el cuello. A algunos les corté la cabeza, y a uno incluso le clavé la pata que arranqué de una silla de madera. Sabía que descubriría la verdad antes de que se hiciera de día.

Fue agradable descargar mi ira sobre la pequeña pandilla de bebedores de sangre, en primer lugar porque me había visto obligado a viajar hasta esa parte salvaje y glacial de Rusia para encontrar a Renee. Sin embargo, los que habían huido con la niña no habían vuelto a su casa. Hugo y su clan no habrían querido llevarme hasta el resto de su «familia», o exponerlos a la purulenta enfermedad que podrían estar portando ahora todos los traidores.

Resultaba irónico que la plaga hubiera empezado en este lugar como una forma de guerra biológica contra nosotros, los pacíficos vampiros del Nuevo Mundo. Pero a Hugo la plaga se le había ido de las manos, y había alcanzado a uno de los suyos —a mi hijo, Will— al otro lado del mundo.

Mientras reflexionaba sobre estos asuntos, se derrumbó una de las magníficas cúpulas de la mansión bajo una lluvia de chispas, y produjo un ruido parecido al de las puertas del infierno al abrirse para cobrar lo que se le debe. Una figura salió tambaleante del ígneo interior de lo que una hora antes había sido un impresionante ejemplo de arquitectura barroca rusa.

Antes de salir de la mansión, me había llegado el olor del único superviviente de la carnicería, pero me habría resultado demasiado tedioso encontrarlo en ese enorme edificio, en el que sin duda habría un número inagotable de escondrijos. Simplemente le prendí fuego al lugar, y esperé a que la rata abandonara el barco en llamas.

Me quedé bajo la sombra de un abeto gigante, y vi que salía corriendo, medio tambaleante, de la estructura, apagando con las manos el fuego que le quemaba el pelo. Tenía un aspecto tan cómico que por un instante pensé en dejarlo con vida; existen ciertas ventajas en dejar que un individuo transmita mi advertencia a otros.

Pero no me sentía particularmente caritativo.

En ese mismo instante ya estaba encima de él, tirándolo al suelo nevado. Le giré la cabeza para que me mirara, rompiéndole casi el cuello al hacerlo, y le enseñé los colmillos, de los que todavía colgaban trozos de carne de sus camaradas.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Vanya.

—¿Dónde está tu amo, Vanya? —inquirí—. ¿Adónde ha ido?

—No lo sé —gimoteó él—. Lo juro.

—¿De qué me vale a mí el juramento de un condenado? Además, sí que sabes dónde están Hugo y su amigo. Lo puedo oler igual que puedo oler tu miedo.

Vi la decisión en sus ojos.

—Me matarás de todas formas.

—Puede que sí o puede que no. Pero ten por seguro que si no me lo dices, tardarás mucho más en morir...

Vi la decisión en sus ojos.

—En Londres —dijo.

Un vampiro menos poderoso que yo no habría sabido si mentía. Pero noté en mi sangre y en mis huesos que estaba diciendo la verdad. Lo sujeté con fuerza, y oprimí la boca contra su garganta, como si fuera un amante, y el mordisco letal que le di medio le rajó el cuello. Lo dejé mirando a las estrellas con los ojos en blanco.

—Londres —exhalé, y sonreí por primera vez desde que secuestraron a mi amada Renee.

Sería casi como volver a casa.

Jack

—¡Tachán!

Werm extendió sus escuálidos brazos y dio vueltas en lo que quedaba de la sala abandonada como si estuviera mostrando el puñetero Taj Mahal. La única bombilla que había en el techo iluminaba un tugurio lúgubre y sucio con el papel pintado despegado e infestado de ratas. No me hacía falta mi estupendo sentido vampírico del olfato para ver que algunos sin techo de la ciudad habían hecho de ese lugar su casa. O, al menos, su cuarto de baño.

Miré a mi joven amigo vampiro con su atuendo de siempre: cuero negro y quincalla de plata. Tenía el pelo de color negro azabache, cortesía de un milagro de la modernidad llamado tinte.

—¿Es aquí donde vas a montar tu bar gótico? —le pregunté—. ¿Con mi dinero?

—¡Es perfecto! —Señaló un lado de la sala—. Aquí pondremos la barra, y detrás de mí podemos poner el escenario.

—¿El escenario?

Me pregunté qué tipo de espectáculos podrían idear los extraños amigos de Werm. Posiblemente algo parecido a esas disparatadas *performances* procedentes de Nueva York. Me podía imaginar a uno de los amigos de Werm metiéndose monedas de diez centavos por la nariz mientras recitaba el discurso de Gettysburg.

—Sí, podemos traer algunos grupos, a artistas de *spoken word*...

—¿«Podemos», blanquito?

Tenía planeado ser simplemente el socio capitalista y no poner nunca los pies en el antro si podía evitarlo. Solo había accedido al préstamo para ayudar a Werm a recuperarse económicamente y a no meterse en líos. En las películas, da la impresión de que los vampiros no tienen que ganarse la vida. Bienvenidos al mundo real. Además, la ociosidad es la madre de todos los vicios, como solía decir mi santa madre. Y si quien está ocioso es un demonio chupasangres, pues bueno...

—Venga, Jack —intentó persuadirme Werm—. Te va a encantar este sitio cuando lo tengamos listo.

—Otra vez hablas en plural.

Werm siguió ignorando mi tono escéptico, y extendió los brazos delante de él.

—Este lugar va a ser el sitio más de moda de la ciudad. Todo el mundo que sea alguien va a querer venir aquí. He contratado a un decorador que sabe exactamente lo que quiero.

Como soy aficionado a la música *country*, me vino a la cabeza esa canción, *I'm Going to Hire a Wino to Decorate Our Home*.<sup>1</sup> Me pregunté qué aspecto tendría un bar después de que sus amigos góticos metieran mano. Lo más probable sería que se pareciera a una

---

<sup>1</sup> N. de la t.: En inglés, «Voy a contratar a un borracho para que decore nuestra casa».

funeraria. Aunque no resultaría totalmente inapropiado para un vampiro. Después de todo, Werm dejaría su ataúd en el sótano de este sitio si terminara aquí. Sus padres, de la alta sociedad, estaban a punto de echarlo de casa.

—¿Vas a empezar la casa por el tejado? —le pregunté yo—. Tienes que reformar esto antes de empezar a decorarlo. ¿Has pedido presupuesto a los constructores que había en la lista que te di?

—He hecho algo mejor. —Werm sonrió de oreja a oreja—. Tengo una idea genial para hacer el trabajo y ahorrar dinero al mismo tiempo.

Werm y «una idea genial» eran dos cosas que no iban exactamente de la mano.

—Cuéntame —le dije—. Tengo muchas ganas de escucharlo.

—Voy a contratar a las putas de Eleanor para que hagan el trabajo. Piénsalo. Llevan semanas sin trabajar, y con esto ganarán algo de dinero y saldrán de la calle.

—¡Esa es la idea más disparatada y estúpida que he oído nunca! Están acostumbradas a estar en la calle. Son putas. Si supieran de carpintería y de placas de yeso, no tendrían que ser putas.

No esperaba que Werm mostrara una impresionante capacidad intelectual, pero maldita sea...

—El hecho de que sean putas no quiere decir que no puedan aprender. Si alguna vez deciden trabajar en algo legal, necesitarán saber un oficio. Si se aplican, puede que incluso aprendan a hacer algo de calidad.

—Olvidas el viejo refrán —le dije—. «Puedes darle un consejo a alguien, pero no puedes obligarlo a que lo siga.»

—Sé cuál es tu problema. Estás pensando en quitárselas a Eleanor. Quizá debería llamarte Jack, el Proxeneta Asesino. —Werm soltó una carcajada—. Ya te veo con un traje violeta y un sombrero con una gran pluma.

—Tú ríete, colmillos —dije—. Cuidar de unas putas sin hogar no es tan divertido como parece.

Había tenido que encontrar alojamiento temporal para cinco chicas de la calle mientras estaban reconstruyendo la casa de Eleanor a costa de William.

Reedrek le había prendido fuego al elegante burdel solo por maldad. Tuve que financiar sus nuevos utensilios domésticos y su vestuario, cogerlas de la mano y escuchar sus problemas. Incluso les pinté las uñas de los pies y les trencé el pelo, maldita sea.

—Pues desde luego que lo parece —dijo Werm—. Apostaría a que las chicas te ofrecen todo tipo de beneficios por ser bueno con ellas y ayudarlas. Eres un cabrón con suerte.

Y me dio un ligero puñetazo en le hombro.

Era verdad, todas ellas habían querido mostrarme su agradecimiento de diferentes formas, pero decidí mantenerlo todo en un plano profesional.

—Ya tengo suficiente estrés ahora mismo como para que se peleen por celos.

—Creo que todas están enamoradas de ti. Cheryl dice que eres el hombre más guapo y con mejor cuerpo de la ciudad. Dice que quiere pasar los dedos de sus pies por tu negro pelo ondulado.

—Basta —atajé.

—Y Souxi dice que quiere pintar su nuevo cuarto del mismo tono azul que tus ojos.

—Voy a morderte si no te callas —le advertí.

—Te siguen a todas partes como patitos. Es muy divertido.

Apreté los colmillos. Putas borregas. A esto es a lo que había llegado. Oh sí, iba a parecer un tipo muy duro delante de los otros tipos duros de la ciudad cuando empezaran a retarme para hacerse con mi territorio, ahora que William no estaba aquí para cubrirme las espaldas.

—En serio, Jack. Creo que el bar es el lugar perfecto para que trabajen hasta que Eleanor regrese.

Eso si regresaba. No estaba seguro de si Werm entendía de verdad lo grave que era la situación en la que se encontraba Eleanor. Fue una decisión peligrosa haber abandonado a su sire poco después de que este la hubiera creado.

A menos que William liberara a Eleanor formalmente y en persona del vínculo místico de doscientos años entre sire y descendiente, ella empezaría a «deteriorarse» físicamente, como dijo William.

En otras palabras, se pudriría y volvería a ser la criatura sin vida que un día fue. Solo podía esperar que William llegara hasta ella a tiempo.

Además, al ser una novata y sin la protección de William, era vulnerable a todo tipo de vampiros depredadores. Era imposible saber qué le había prometido Hugo para que ella accediera a irse a Europa con él y los otros. Pero si eligió confiar en Hugo en vez de en William podría haber cometido un fatídico error.

—Puede que tengas razón en lo de que pueden aprender un oficio —dije yo—. Aunque, una vez que el lugar esté terminado, creo que estarían mejor de camareras que de carpinteros. Es que tengo mis dudas de si sus aptitudes tienen que ver con la construcción. Quizá sean capaces de echar masilla al techo si lo pueden hacer tumbadas boca arriba.

—Puedo colocar papel pintado —dijo una vocecilla detrás de mí—. Y lo puedo hacer de pie.

Me giré y vi a Ginger, una de las chicas de Eleanor, vestida con un mono rosa y un muestrario bajo el brazo. Maldita sea, me sentí como un canalla.

—Lo siento, cariño —me disculpé—. Quería decir...

—Sé lo que querías decir, Jack. Pero que sea puta no significa que sea eso lo único que sé hacer. —Sacó hacia fuera su labio inferior, carnoso y pintado, y aspiró por la nariz—. Hice un curso por correspondencia de diseño de interiores.

Le iba a preguntar si para obtener el título tuvo que copiar el dibujo de una caja de cerillas, peor me mordí la lengua a tiempo. Ginger era una de las prostitutas más listas que había al servicio de Eleanor. Por desgracia, eso no era difícil.

—¿Eres la nueva decoradora?

Me rasqué la nuca. Así que la decoración iría más hacia un burdel contemporáneo que una mazmorra gótica. Supongo que eso podría ser un avance. De cualquier manera, este iba a ser el bar más disparatado de la ciudad. De hecho, solo de pensarlo me apetecía cogerme una buena cogorza.

—Estoy seguro de que vas a hacer un fantástico trabajo, cariño —le dije yo.

Ella esbozó una sonrisa antes de que su cara de niña se entristeciera. Werm le sostuvo el muestrario.

—Escucha —dijo él—, Jack no quiso...

—No es eso —contestó ella agitando la mano con gesto desdeñoso—. Estoy preocupada por Sally.

—¿Qué le pasa? —le pregunté yo.

Últimamente, yo ya había notado a Sally, la más joven de las prostitutas, un poco nerviosa y distante, y su piel no tenía la apariencia de la piel que un ser humano vivo y saludable debía tener. Me había imaginado que simplemente estaba estresada, después de perder muchas de sus pertenencias en el fuego, además de a su mentora, Eleanor.

—¿Me prometes que no te enfadarás? —me preguntó Ginger, que me miraba con su pestañas postizas en forma de abanico.

Cuando empecé a hacer la señal de la cruz sobre el pecho para prometerlo fue cuando me acordé. Pensaréis que después de ciento cincuenta años recordaría que estaba condenado.

—Te lo prometo.

—Está enganchada a la metanfetamina —fue la respuesta de la chica.

—Ay, señor —dijo Werm—. ¿Estás segura?

—Sí. Marlee la vio con una pipa. La clase de pipa que hacen con una bombilla, a la que le cortan el extremo de metal y le quitan lo de dentro. Además, no come y no se cuida nada. Su piel tiene un aspecto horrible. Incluso le están saliendo llagas.

—Eso es por la fornicación —dijo Werm, y negó con la cabeza.

—No es de la fornicación. Si fuera por eso, todas nosotras lo tendríamos —dijo Ginger.

—Fornicación no —la corrigió Werm—, fornicación. Es cuando un adicto al cristal siente como si tuviera arañas y serpientes andando y reptando por debajo de la piel.

—Y entonces se rascan hasta producirse llagas por toda la piel, como ha hecho Sally —concluyó Ginger.

—¿Por qué sabes tanto sobre la adicción al cristal? —le pregunté a Werm.

—Un tío con el que trabajaba en Spencer's, en el centro comercial, se metía cristal —me respondió—. Estaba hecho polvo.

—Ginger, ¿estás completamente segura de que Sally fuma cristal? —le pregunté yo. Era algo serio. Una de las cosas que William me había pedido que hiciera antes de irse fue cuidar de las chicas de Eleanor, y no quería decepcionarlo ni a él ni mucho menos a Eleanor.

—Estoy bastante segura. Pero puede que ese no sea su único problema.

—¿Cuál es lo otro? —fue mi pregunta.

—Hay un tipo que la ha estado siguiendo —contestó ella—. Creemos que es un acosador o algo así.

—¿Por qué no me lo ha contado nadie antes?

Ginger se encogió de hombros.

—Nos lo contó esta mañana en el desayuno. Dice que lleva persiguiéndola unos días.

—¿Podría ser un camello o algo así, o quizá un cliente que está obsesionado con ella? —preguntó Werm—. ¿Qué aspecto tiene?

Ella negó con la cabeza.

—Ella jura que no lo había visto en su vida. Es alto y muy delgado, y tiene dos cicatrices en paralelo en un lado de la cara. Como si le hubiera arañado algo con unas enormes zarpas.

—Los adictos al cristal se vuelven muy paranoicos —dije—. Puede que sea solo su imaginación. Pero por si acaso, iré a ver a su camello. ¿Sabes dónde consigue el cristal?

Sin duda podría disfrutar dejando seco a cualquiera que vendiera ese veneno a la gente, sobre todo a alguien tan inocente como Sally.

Parecía extraño pensar de una prostituta que es inocente, pero había algo ingenuo y vulnerable en Sally que hacía que temiera por ella incluso antes de oír esta alarmante noticia. Parecía necesitar a alguien que la cuidara. Supongo que Eleanor, como madame suya, había representado ese papel.

—Lo consigue de una banda de «cocineros» que viven al lado del pantano. Son una familia entera. Son los, hummm, Thrasher.

—Mierda —murmuré yo.

—¿Los conoces? —me preguntó Werm.

—Se puede decir que sí.

Me topé por primera vez con ese clan en los años veinte, cuando hacían whisky ilegal, y yo se lo llevaba (es decir, se lo repartía). Intentaron estafarme un par de veces, pero se lo perdoné. Lo que de verdad me sacó de quicio fue cuando envenenaron a un grupo de amigos míos con licor ilegal que ellos sabían que venía de un lote en mal estado pero que no tiraron por tacañería. Matar a tus clientes ya es malo para el negocio, pero lo que ocurrió ese día me dolió particularmente porque yo les entregué aquella jarra de matarratas a los hombres cuyas vidas se llevó.

Me senté a beber y a jugar las cartas con ellos una noche en una taberna clandestina al lado del río. Todos nos quedamos dormidos. Yo fui el único que se despertó. Fue difícil explicárselo a las autoridades. No les convenció mi excusa de que tenía «un estómago de hierro», pero no pudieron probar que yo había llevado el licor, ya que todos los testigos la habían palmado.

Parecía ser que los Thrasher no habían aprendido nada en ochenta años. Ahora pasan metanfetamina, la heroína de los paletos, la droga favorita de los que viven en el sur rural. Y todavía estaban dispuestos a arruinar la vida de alguien por el poderoso dólar, como lo habían estado sus antepasados.

Quizá lo peor era que no les hacía daño. Eran hombres lobo. Y cualquier clase de cambiaformas era casi tan difícil de matar como un vampiro. Así que podían meterse esa droga sin sufrir daño alguno, pero su clientela fija sí que lo pasaba mal.

Les di las buenas noches a Werm y a Ginger, los dejé repasando sus muestras de papel pintado, y me adentré en la escarchada noche. Supe que llegaría esta noche desde el día que William salió hacia Europa. Iba a tener que enfrentarme a los monstruos que vivían en las sombras de esta ciudad para probar quién estaba al mando.

Era hora de patear hombres lobo.